

Homilias del Domingo 20 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del Santo Evangelio según san Lucas

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «He venido a prender fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya ardiendo! Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz?. No, sino división. En adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos: el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.»

Palabra del Señor

Homilía

(A)

Uno de los cambios más profundos y más fácilmente constatables en los últimos años es el paso de una situación monolítica de cristiandad a un pluralismo religioso e ideológico ampliamente extendido en nuestra sociedad.

De una actitud de intolerancia e intransigencia hacia todo lo que no fuera el pensamiento y el sentir católico, hemos pasado a la aceptación y la coexistencia social de toda clase de ideologías, posturas religiosas y actitudes éticas.

Este fenómeno que a nivel social es, sin duda, reflejo de una actitud mucho más madura, de respeto, convivencia y libertad de las conciencias, ha supuesto en muchos hogares una sacudida dolorosa. Muchos padres no habían podido sospechar jamás que un hijo suyo o un nieto que lleva en sus venas su propia sangre, podría un día rechazar tan firmemente la fe cristiana y confesar su ateísmo de manera tan convencida.

Y, quizás, en muchos hogares, se comienza a vivir la experiencia dolorosa de sentirse divididos precisamente por la diferente postura de fe, según aquellas palabras de Jesús: «¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división. En adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres». Los cristianos hemos de aprender a vivir nuestra fe en esta nueva situación. No seríamos fieles al evangelio, si por mantener una falsa paz y una falsa unidad familiar, ocultáramos nuestra fe en lo íntimo de nuestro corazón, avergonzándonos de confesarla, o la desvirtuáramos quitándole toda la fuerza que tiene de interpelación a todo hombre de buena voluntad.

Hemos de saber confesar abiertamente nuestras convicciones religiosas. Hemos de ahondar más en el mensaje de Jesús para saber «dar razón de nuestra esperanza» frente a otras posturas posibles ante la vida.

Pero, sobre todo, hemos de vivir las exigencias del evangelio dando testimonio vivo de seguimiento fiel a Jesucristo y, al mismo tiempo, y precisamente por eso, de respeto total a la conciencia del otro.

Nuestra preocupación primera no debe ser «convertir» o «recuperar» de nuevo para la fe a aquel miembro de la familia al que tanto queremos, sino el vivir con tal fidelidad y coherencia nuestras propias convicciones cristianas, que nuestra vida se convierta en interrogante y estímulo que le anime a buscar con sinceridad total la verdad última de la vida.

(B)

"HE VENIDO A TRAER FUEGO A LA TIERRA"

Afirma Jesús: "He venido a prender fuego en el mundo". El fuego al que se refiere Jesús no es el ardor que a veces sentimos en el corazón cuando decimos que amamos a alguien; no es el fuego del entusiasmo. El fuego mesiánico de Cristo no es otro que el mismo Reino de Dios que conlleva en sí un elemento destructor, no de la obra del hombre, sino del pecado. No puede surgir una nueva estructura de vida si, previa o simultáneamente, no se destruye la estructura que oprime al hombre por dentro y por fuera. Hay que echar el vino nuevo en odres nuevos, lo cual

supone desechar los viejos, y esto implica provocar un conflicto con los antiguos.

Cuando el cristianismo o sus comunidades no viven la novedad del Evangelio sino que se han convertido en un agregado más de la sociedad, con quien conviven pacíficamente, en buen entendimiento, sin oponerse a las estructuras que crean en la sociedad un estado de injusticia, de hambre, de violación de los derechos humanos, de violencia sobre los débiles, de cercamiento a las libertades, de adoración a los líderes... no tienen problemas. Recordemos las palabras de J. B. Metz: "Los cristianos en Europa nos enfrentamos al desafío más grave: Decidirnos entre una 'religión burguesa' o un 'cristianismo de seguimiento. Optar por este último es apuntarse al conflicto doloroso. Porque seguir a Jesús no significa huir hacia un pasado ya muerto, sino tratar de vivir hoy con el espíritu que le animó a él. Esto entraña inexorablemente complicaciones en la vida.

El seguimiento de Jesús implica casi siempre caminar "contra corriente" en actitud de rebeldía y ruptura frente a costumbres, modas, corrientes de opinión, que no concuerdan con el espíritu del evangelio. Y eso exige no solamente resistirse a dejarse domesticar por una sociedad superficial y consumista, sino saber contradecir a los propios amigos y familiares cuando nos invitan a seguir caminos contrarios al evangelio. Esto constituye al cristiano en *hereje social*. Por eso, seguir a Jesús implica también estar dispuesto a la conflictividad y a la cruz, a compartir su suerte, aceptar libremente el riesgo de una vida crucificada como la suya sabiendo que nos espera la resurrección. Escribe Bernanos: "Cristo nos pidió que fuéramos sal de la tierra, no azúcar, y menos sacarina. Y no digáis que la sal escuece. Lo sé. El día que no escozamos al mundo y empecemos a caerle simpáticos será porque hemos empezado a dejar de ser cristianos".

El mismo Jesús fue, como dice el anciano Simeón, "signo de contradicción" por ser fiel al Padre, a los hermanos, a la propia conciencia, a su misión. Él practicó y predicó con palabras y gestos la fraternidad, la igualdad, la dignidad humana, la religiosidad verdadera. Los aprovechados, los amos de la situación, no le perdonaron que pusiera en peligro sus privilegios y su prestigio. Por eso, inmediatamente estalla una guerra

implacable y la división entre los partidarios y los enemigos del profeta revolucionario de Nazaret. Ya sabemos cómo terminó el conflicto, remachándole en la cruz como a un vulgar delincuente. No se puede ser discípulo de Jesús impunemente. Ya lo preanunció él: "Os perseguirán" (Mt 10,24).

NO SE PUEDE SER PROFETA IMPUNEMENTE

Seguramente habéis experimentado los latigazos en vuestras propias carnes por ser fieles al Señor, a la propia conciencia. No se puede "molestar" a los demás impunemente. Y se les molesta cuando se procede con criterios evangélicos, con criterios humanitarios. "El mundo os odiará porque no sois del mundo" (Jn 17,14), advierte Jesús. En un entorno en el que domina la mentira y la hipocresía, proceder con la sinceridad que recomienda Cristo provoca conflictos.

Un esposo cristiano-practicante reprochaba a su mujer muy sensibilizada y generosa con la causa de los pobres: "¿Quieres solucionar tú sola el problema de la pobreza, o qué?". Ella le replicó: "¿Cuánto gastas tú en los bares y en tabaco? Eso mismo tengo derecho yo a gastar. Pero prefiero gastarlo dándoselo a los pobres. ¿Es que no tengo derecho?". Le dejó sin palabra para siempre.

Sabemos que seguir a Jesús negándose al tráfico de influencias, a los enchufes, es crearse problemas con los familiares y amigos, tanto si te niegas a beneficiarte, como si te niegas a beneficiar. Por experiencia sabéis que en un ambiente de adulación e hipocresía no se pueden llamar impunemente las cosas por su nombre sin sufrir las represalias. Nadie puede negarse impunemente a la especulación, a los juegos sucios de su ambiente, de su empresa. Le reprochaban los hermanos a un cristiano practicante que quería proceder con honradez en la venta de unos terrenos: "Ya estás entorpeciéndonos con tus escrúpulos de conciencia". Una abogada confesaba: "Me ha dicho tajantemente el presidente de una sociedad de abogados: 'O te dejas de escrúpulos o sobras en nuestra sociedad'". "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 5,29), responde Pedro al Sanedrín que le quiere amordazar.

Hay que obedecer a Dios antes que al miedo, antes que a los criterios mundanos, antes que a las presiones de los familiares y amigos interesados y cómodos. Naturalmente que la vida es compleja y que hay que discernir la opción que se ha de tomar en cada caso, pero la consigna de Jesús es intangible.

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Jesús nos da la paz o la guerra? Las dos cosas al mismo tiempo. Seguirle fielmente supone provocar la guerra y perder de alguna forma la paz con el propio entorno pagano y egoísta. Supone perder una falsa paz, una paz superficial; pero supone ganar otra paz, la de Jesús. Él ha dicho: "Mi paz os dejo, mi paz os doy; pero no como la da el mundo".

(C)

El Evangelio divide

Hoy sí que tengo que darle razón a Jesús. “¿Pensáis que he venido a traer paz al mundo? No, sino división. “el padre contra el hijo y el hijo contra el padre”. También la fidelidad a la fe puede convertirse en un motivo de división. El primero en ser víctima de esas divisiones fue el mismo Jesús. Por algo aquel viejo Simeón cuando lo tomó en sus brazos grito: “Este está puesto como signo de contradicción”.

Es cierto que el Evangelio divide, claro que divide. Si uno le es fiel siempre va encontrar incomprendiones en su camino y hasta es posible que rupturas.

Pero ¿seré yo el único? ¿Acaso hoy mismo no marginamos del grupo al creyente que quiere ser fiel a su bautismo, al Evangelio? Lo llaman “aguafiestas” o incluso se ríen de él que “todavía sigue creyendo en esas antiguallas”.

El Evangelio divide.

Cuando el cristianismo o sus comunidades no viven la novedad del Evangelio sino que se han convertido en un agregado más de la sociedad, con quien conviven pacíficamente, en buen entendimiento, sin oponerse a las estructuras que crean en la

sociedad un estado de injusticia, de hambre, de violación de los derechos humanos, de violencia sobre los débiles, de cercamiento a las libertades, de adoración a los líderes... no tienen problemas.

El gran pecado de los cristianos será siempre dejar que este fuego de Jesús se vaya apagando. ¿Para qué sirve una Iglesia de cristianos instalados cómodamente en la vida, sin pasión alguna por Dios y sin compasión por los que sufren, cada vez más incapaces de atraer, dar luz u ofrecer calor?

Recordemos las palabras de J. B. Metz: "Los cristianos en Europa nos enfrentamos al desafío más grave: Decidimos entre una 'religión burguesa' o un 'cristianismo de seguimiento. Optar por este último es apuntarse al conflicto doloroso. Porque seguir a Jesús no significa huir hacia un pasado ya muerto, sino tratar de vivir hoy con el espíritu que le animó a él. Esto entraña inexorablemente complicaciones en la vida.

El seguimiento de Jesús implica casi siempre caminar "contra corriente" en actitud de rebeldía y ruptura frente a costumbres, modas, corrientes de opinión, que no concuerdan con el espíritu del evangelio. Y eso exige no solamente resistirse a dejarse domesticar por una sociedad superficial y consumista, sino saber contradecir a los propios amigos y familiares cuando nos invitan a seguir caminos contrarios al evangelio. Esto constituye al cristiano en *hereje social*. Por eso, seguir a Jesús implica también estar dispuesto a la conflictividad y a la cruz, a compartir su suerte, aceptar libremente el riesgo de una vida crucificada como la suya sabiendo que nos espera la resurrección. Escribe Bernanos: "Cristo nos pidió que fuéramos sal de la tierra, no azúcar, y menos sacarina. Y no digáis que la sal escuece. Lo sé. El día que no escozamos al mundo y empecemos a caerle simpáticos será porque hemos empezado a dejar de ser cristianos".

Un esposo cristiano-practicante reprochaba a su mujer muy sensibilizada y generosa con la causa de los pobres: "¿Quieres solucionar tú sola el problema de la pobreza, o qué?". Ella le

replicó: "¿Cuánto gastas tú en los bares y en tabaco? Eso mismo tengo derecho yo a gastar. Pero prefiero gastarlo dándoselo a los pobres. ¿Es que no tengo derecho?". Le dejó sin palabra para siempre.

"Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 5,29), responde Pedro al Sanedrín que le quiere amordazar.

Hay que obedecer a Dios antes que al miedo, antes que a los criterios mundanos, antes que a las presiones de los familiares y amigos interesados y cómodos. Naturalmente que la vida es compleja y que hay que discernir la opción que se ha de tomar en cada caso, pero la consigna de Jesús es intangible.

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Jesús nos da la paz o la guerra? Las dos cosas al mismo tiempo. Seguirle fielmente supone provocar la guerra y perder de alguna forma la paz con el propio entorno pagano y egoísta. Supone perder una falsa paz, una paz superficial; pero supone ganar otra paz, la de Jesús. Él ha dicho: "Mi paz os dejo, mi paz os doy; pero no como la da el mundo".

P. Juan Jáuregui Castelo